

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto \$ 0.02
Atrasado 0.03
Serie de 10 Nros. . . . 0.20
Suscripción anual . . . 1.50
id por trimestre . . . 0.50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Avelino Ruiz V.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

«ECORIENTE»

AÑO III

Villavicencio, Noviembre 17 de 1918—Número 238

[SERIE 23

Ruptura de alambre — Corto circuito — Fundición de fusible

Reverendo Padre, vengo por lo que me ofreció el otro día.

—Y qué te ofrecí, hijo mío?

—No recuerda su Reverencia cuando me prometió explicarme la muerte del alma o sea la pérdida de la gracia aprovechando un similitud sacado de la electricidad?

—Ah de veras! y sin más preámbulo, doy principio a la obra y te pregunto: ¿Una parada del dinamo a consecuencia de algún daño, te parece cosa grave?

—Por supuesto, Reverendo Padre. ¿No ve su Reverencia que hasta hacerlo casi nuevo no hay modo de tener luz en ninguna parte?

—Buena contestación me hiciste, hijo mío y a mi vez te digo que por falta de fe o por daño en ella, (lo que se llama cisma, herejía o apostasía), se para totalmente la vida espiritual y queda el alma, para emplear las palabras de la Sagrada Escritura, sentada en las sombras de la muerte. De ahí, hijo mío, la importancia de la fe y la magnitud del desastre que causa su pérdida.

—Gracias, su Reverencia, y Dios mediante, procuraré conservar en buen estado mi dinamo espiritual.

—Bien harás, hijo mío; y de paso te advierto que no has de encargar su manejo a toda clase de personas. Hablando con más claridad, los sacerdotes somos los únicos puestos por Dios para conservar íntegra y sin mengua la fe de tu Bautismo.

—Es que, Padre, son tantos aquellos quienes se creen con derecho a hablar y escribir sobre asuntos religiosos que al fin uno se ve como con dudas.

—Precisamente, lo que te digo. Dejas guiar tu fe por catedráticos de Satanás, que te la dañan, que

te la queman, en una palabra, te dejan sin dinamo; por eso vuelvo a repetirlo, no encargues su manejo exclusivo sino a quienes han recibido facultad para ello, a los sacerdotes.

Ahora ¿qué dirá su Reverencia de la esperanza?

—De ella te diré lo que dijimos cuando nuestra primera conversación, que como los hilos transmisores, ella ha de ir por lo alto y aislada.

—Pero, Padre, no ve que por tener vida corporal, no puedo desprenderme del todo de los bienes de este mundo; y que de día en día, he de procurarme los recursos de que necesitamos mi familia y yo?

—Esto, hijo mío, no es una objeción; antes me sirve para aclarar mi comparación; pues, los hilos eléctricos, para ir de la planta a las casas en las que sirven luz, necesitan de postes pero que sean un mero punto de apoyo, y de trecho en trecho.

—Ahora veo lo que su Reverencia me quiere decir. La esperanza que se desprende de la fe como los hilos del dinamo ha de correr a lo largo de nuestra vida sin rechazar los bienes materiales que Dios nos procura, pero de tal modo que uno no haga más que apoyarla en ellos para evitar la desesperación, procurando siempre el aislamiento pues a ellos no va la corriente sino que mas allá sigue.

—Aclarados estos dos puntos, nos queda por hablar de la caridad representada por la luz en el bombillo de acuerdo con lo que dijimos en la primera Conferencia.

—Antes de seguir adelante, le haré presente, Reverendo Padre, que los daños en el dinamo y en

los hilos no se presentan con frecuencia.

—Eso mismo te iba a decir yo, pues las faltas contra la fe y la esperanza son, gracias a Dios, excepciones, lo que no pasa con la caridad.

—En efecto, Reverendo Padre, porque permaneciendo el dinamo y los hilos en buen estado, frecuentemente se apaga la luz.

—Valiéndome de tus palabras o de tu comparación, observare que, permaneciendo íntegra la fe y en debidas condiciones, la esperanza, puede uno perder la caridad, el amor a Dios, la luz del alma.

—Me entra curiosidad y quisiera saber si su Reverencia piensa en aprovechar la ruptura de hilos, fundición de fusibles y los cortos circuitos para explicarme el pecado mortal; pues según nos enseña el Catecismo, este es el que causa la pérdida de la gracia santificante o destruye el amor divino, la caridad.

—Adivinaste mi pensamiento y como te veo con tan buenas disposiciones, entraré de lleno en el asunto. Los tres enemigos del alma que por consiguiente quieren y pueden privarnos de la vida espiritual son el mundo, el demonio y la carne.

—Y su Reverencia encontrará alguna analogía con cada uno de ellos, en los distintos modos como puede apagarse la luz?

—Perfectamente, hijo mío, o para hablar con más precisión, imperfectamente sí, aunque con cierta razón.

—De los tres pecadores pues, ¿cual representará al demonio?

—Insistiendo en esto, que comparación no es razón, la ruptura de un hilo o por ejemplo representaría para mí el trabajo del enemigo de